

Juan Pablo II: Exhortación Apostólica post-sinodal sobre la vocación y misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo

(Christifideles Laici - 30 diciembre de 1988)*

Alberto Arenas, S.J.**

1. INTRODUCCION

1.0 Origen de la Exhortación

El tema de la vocación y misión de los fieles laicos en la Iglesia constituyó el objeto de estudio del Sínodo de Obispos de 1987. La parábola de la Viña del Señor y los obreros enviados a trabajar en ella señalan la multitud de personas llamadas y enviadas al mundo entero para transformarlo según el diseño divino (1).

1.1 Objetivo de la exhortación

Suscitar y alimentar una más decidida toma de conciencia del don y de la responsabilidad que todos los fieles laicos, y cada uno de ellos en par-

ticular, tienen en la comunión y misión de la Iglesia.

El presente documento quiere dar su valor a la entera riqueza de los trabajos del Sínodo de Obispos de 1987 que trabajó este tema y quiere ser su fiel y coherente expresión (2).

1.2 Actualidad de la Exhortación

Nuevas situaciones tanto eclesiales como sociales, políticas, económicas y culturales, reclaman hoy, con fuerza muy particular, la acción de los fieles laicos. A nadie le es lícito permanecer ocioso. Hay que mirar cara a cara a este mundo nuestro con sus valores y problemas, sus inquietudes y esperanzas, sus conquistas y derrotas.

* La condensación se elaboró sobre el texto oficial publicado en español por la Librería Editrice Vaticana. Los números que van entre paréntesis corresponden a la numeración del texto de la Exhortación Apostólica.

** Doctor en Teología, Universidad Gregoriana, Roma, Profesor de Teología en la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, Licenciado en Filosofía y Pedagogía, Universidad Javeriana.

Situaciones que están caracterizadas por la creciente aceleración del cambio. Pueden advertirse algunas tendencias que sobresalen en la sociedad actual (3).

1.2.0 Secularismo y necesidad de lo religioso

Indiferencia religiosa, ateísmo, secularismo; rechazo de Dios y adoración de los más diversos "ídolos". Crecientes multitudes que se alejan prácticamente de la religión.

Y por otra parte, aspiración y necesidad de lo religioso que no pueden ser suprimidas totalmente de la existencia humana (4).

1.2.1 Dignidad de la persona humana despreciada

La persona humana está sometida hoy a múltiples violaciones que convierten al ser del hombre en esclavo del más fuerte.

Contra esta tendencia se debe impedir que la persona pueda ser aniquilada y afirmar categóricamente su excelsa signidad (5).

1.2.2 Conflictividad y paz

Es éste un fenómeno pluriforme que se manifiesta en el nefasto enfrentamiento entre personas, grupos, categorías, naciones y bloques de naciones. Es un antagonismo que asume formas de violencia, de terrorismo y de guerra y hace proliferar la lucha, la confusión, la disgregación y la opresión.

Hay que procurar, por consiguiente, alentar la insuprimible aspiración de los individuos y de los pueblos al inestimable bien de la paz en la justicia (6).

1.3 Jesucristo, la esperanza de la humanidad

Ante este mundo, campo inmenso problematizado, envía el Señor al trabajo a sus obreros. En ese mundo actúa la Iglesia, el Espíritu y está siempre presente Jesucristo en sus más variados sectores, como signo y fuente de esperanza y amor (7).

2. LA DIGNIDAD DE LOS FIELES LAICOS EN LA IGLESIA-MISTERIO. "YO SOY LA VID, VOSOTROS LOS SARMIENTOS" (8-17)

2.0 La imagen de la viña

Esta imagen se usa en la Biblia, de modo muy particular, para expresar el misterio del Pueblo de Dios. Tanto Isaías y otros Profetas en el Antiguo Testamento, como Juan en el Nuevo, nos lo indican así. En igual forma el Concilio Vaticano II (L. G., 6). Sólo dentro de la Iglesia como misterio de comunión se revela la identidad de los fieles laicos y su original dignidad (8).

2.1 ¿Quiénes son los fieles laicos?

Siguiendo el Concilio Vaticano II se entienden por tales: "todos los fieles cristianos" (a excepción de los miembros del orden sagrado y los del

estado religioso) que, en cuanto incorporados a Cristo por el Bautismo, integrados al Pueblo de Dios y hechos partícipes a su modo del oficio sacerdotal, profético y real de Cristo, ejercen en la Iglesia y en el mundo la misión de todo el pueblo cristiano en la parte que a ellos corresponde...: buscar el Reino de Dios tratando las realidades temporales y ordenándolas según Dios, (L.G. n. 31) (9).

2.2 El Bautismo y la novedad cristiana

Sólo en el Bautismo es posible delinear la figura del fiel laico, teniendo en cuenta los tres aspectos fundamentales que lo caracterizan: filiación divina, unión con Cristo y la inhabitación del Espíritu Santo, haciendo al fiel templo suyo (10).

2.2.0 El Bautismo

Por el Bautismo obtenemos un nuevo nacimiento, una regeneración y somos hechos hijos de Dios en su Unigénito Hijo, Cristo Jesús. Hijos adoptivos y hermanos de Cristo (11).

2.2.1 Unidos a Cristo

Los bautizados son inseparablemente miembros de Cristo y miembros del Cuerpo de la Iglesia. Incorporación mística pero real al cuerpo crucificado y glorioso de Jesús, que produce una misteriosa unidad de los discípulos con El y entre sí. Todos son sarmientos de la única Vid (12).

2.2.2 Templos del Espíritu Santo

El Espíritu Santo unge al bautizado y lo constituye en templo suyo.

Mediante la efusión bautismal y crismal el bautizado participa en la misma misión de Jesús, el Salvador (13).

2.3 Partícipes del oficio sacerdotal, profético y real de Jesucristo

Por la participación del *oficio sacerdotal* en su bautismo, los fieles laicos están unidos a El y a su sacrificio en el sacrificio de sí mismos y de todas sus actividades y consagran a Dios al mundo mismo.

La participación en el *oficio profético* de Cristo habilita y compromete a los fieles laicos a acoger con fe el Evangelio y a anunciarlo con la palabra y con las obras.

Por su pertenencia a Cristo, Señor y Rey del universo, los fieles laicos participan en su *oficio real* y son llamados por El para servir al Reino de Dios y difundirlo en la historia.

Esa participación la tiene el fiel en cuanto que es miembro de la Iglesia; deriva de la comunión eclesial y exige ser vivida y actuada en la comunión y para acrecentar esta comunión (14).

2.4 Los fieles laicos y la índole secular

La común dignidad bautismal asume en el fiel laico una modalidad que lo distingue, sin separarlo, del presbítero y del religioso. El carácter secular es propio y peculiar de los laicos. Ellos son personas que viven la vida normal en el mundo, estudian, trabajan, entablan relaciones de amistad, sociales, profesionales, culturales. El

mundo se convierte para ellos en el ámbito y el medio de su vocación cristiana. La índole secular del fiel laico no debe ser definida solamente en sentido sociológico, sino sobre todo en sentido teológico y eclesial (15).

2.5 Los fieles laicos son llamados a la santidad

La vocación a la santidad hunde sus raíces en el Bautismo y se pone de nuevo ante nuestros ojos en los demás sacramentos, principalmente en la Eucaristía. Revestidos de Jesucristo, los fieles laicos quedan capacitados y comprometidos a manifestar la santidad de su ser en la santidad de todo su obrar. La vida según el Espíritu exige de ellos el seguimiento y la imitación de Jesucristo (16).

2.5.0 Santificarse en el mundo

La vocación de los fieles laicos a la santidad implica además que la vida según el Espíritu se exprese particularmente en su inserción en las realidades temporales y en su participación en las actividades terrenas. Deben santificarse en la vida profesional y social ordinaria y por consiguiente considerar todas las actividades de la vida cotidiana como ocasión de unión con Dios y de cumplimiento de su voluntad.

Al mismo tiempo, la vocación a la santidad está ligada íntimamente a la misión y a la responsabilidad confiada a los fieles en la Iglesia y en el mundo. El brotar y el expandirse de los sarmientos, depende de su inserción en la vid (17).

3. LA PARTICIPACION DE LOS FIELES LAICOS EN LA VIDA DE LA IGLESIA-COMUNION. **"SARMIENTOS TODOS DE LA UNICA VID" (18-31)**

3.0 La Iglesia-comunión

El misterio de la Iglesia-comunión se funda en las palabras del Señor: "Permaneced en mí y yo en vosotros" (Jn. 15, 1-4) y tiene como fuente la misma unión del Hijo con el Padre en el don del Espíritu Santo. Vista la "figura" del laico en el marco de la dignidad que le es propia es conducente reflexionar sobre su responsabilidad en la Iglesia y en el mundo (18).

3.0.1 La eclesiología de comunión

Es la idea central y fundamental de los documentos del Vaticano II. Por "comunión" entendió el Concilio la comunión con Dios por medio de Jesucristo, en el Espíritu; y tiene lugar en la palabra de Dios y en los sacramentos. Unión a Cristo y en Cristo y unión entre los cristianos dentro de la Iglesia (19).

3.0.2 Don del Espíritu

Esta comunión eclesial, don del Espíritu Santo, es una comunión orgánica que se caracteriza por la simultánea presencia de la diversidad y la complementariedad de las votaciones, ministerios, carismas y responsabilidades. Cada laico se encuentra en relación con todo el cuerpo y le ofrece su propia aportación. El fiel laico no puede jamás encerrarse sobre sí mismo, aislándose espiritualmente de la comunidad; sino que debe vivir en un continuo intercambio con los demás, con vivo sentido de fraternidad (20).

3.1 Los Ministerios y los Carismas, dones del Espíritu a la Iglesia

3.1.0 Los ministerios, oficios y funciones operantes en la Iglesia

Son una participación en el ministerio de Jesucristo, si bien con modalidades diversas (21).

3.1.1 Los ministerios que derivan del orden

Son los que se derivan del sacramento del Orden. Estos ministerios ordenados —antes que para las personas que los reciben— son una gracia para la Iglesia entera. Expresan y llevan a cabo una participación en el sacerdocio de Jesucristo que es distinta, no sólo por grado sino por esencia, de la participación otorgada con el Bautismo y Confirmación a todos los fieles (22).

3.1.2 Ministerios no derivados del Orden

En virtud de su condición bautismal todos los fieles laicos, partícipes por esto mismo del oficio sacerdotal, profético y real de Jesucristo pueden recibir de los Pastores de la Iglesia algunos oficios y tareas que no exigen el carácter del Orden. Su ejercicio sin embargo no hace del laico un pastor y debe realizarse en conformidad con su específica vocación laical (23).

3.1.3 Los carismas

Sean extraordinarios, sean simples y sencillos, los carismas son siempre gracias del Espíritu Santo que tienen,

directa o indirectamente, una utilidad eclesial ya que están ordenados a la edificación de la Iglesia, al bien de los hombres y a las necesidades del mundo.

Deben ser acogidos con gratitud, sometidos a un cuidadoso discernimiento y debe tenerse en cuenta que ningún carisma dispensa de la relación y sumisión a los Pastores de la Iglesia (24).

3.2 La participación de los fieles laicos en la vida de la Iglesia

Los fieles laicos participan en la vida de la Iglesia no sólo llevando a cabo sus funciones y ejercitando sus carismas, sino también de muchos otros modos.

3.2.0 Iglesias particulares e Iglesia universal

Ante todo deben prestar servicio en su Iglesia particular sin limitar su cooperación a los confines de la parroquia o de la diócesis, sino procurando ampliarla al ámbito interparroquial, interdiocesano, nacional e internacional, teniendo en cuenta las necesidades del Pueblo de Dios esparcido por toda la tierra (25).

3.2.1 La parroquia

Es la comunidad de fe, la comunidad orgánica de los fieles, la misma Iglesia que vive entre las casas de sus hijos y de sus hijas. Amplio campo de efectiva cooperación de los fieles laicos (26-27).

3.3 Diversos modos de participación

3.3.0 Formas personas de participación

Es absolutamente necesario que cada fiel laico tenga siempre una viva conciencia de ser miembro de la Iglesia a quien se ha confiado un apostolado insustituible e indelegable (28).

3.3.1 Formas agregativas de participación

Asociaciones, grupos, movimientos, comunidades con fisonomías y finalidades específicas muy diferentes. Este apostolado asociado es un signo de la comunión y de la unidad de la Iglesia y es un derecho propio de la fieles laicos, que debe ser reconocido por la autoridad eclesiásticas (29).

3.3.2 Criterios de discernimiento

Deben observarse los criterios fundamentales de discernimiento de estas asociaciones para que estén conformes con la finalidad apostólica de la Iglesia y produzcan los frutos debidos (30).

3.3.3 Apoyo de los Pastores

Los Pastores de la Iglesia deben acompañar con la guía y el estímulo oportuno y prestarse al reconocimiento oficial y aprobación explícita de la autoridad eclesiástica. Deben así mismo procurar que en las asociaciones se deponga todo espíritu de antagonismo y de contienda (31).

4. LA CORRESPONSABILIDAD DE LOS FIELES LAICOS EN LA IGLESIA-MISION. "OS HE DESTINADO PARA QUE VAYAIS Y DEIS FRUTO"

4.0 Comunión misionera

La comunión genera comunión y esencialmente se configura como comunión misionera. La comunión representa a la vez la fuente y el fruto de la misión (32).

4.1 Anunciar el Evangelio

Los fieles laicos, precisamente por ser miembros de la Iglesia, tienen la vocación y misión de ser anunciadores del Evangelio.

Por la evangelización la Iglesia es construida y plasmada como comunidad de fe; de una fe confesada en la adhesión a la Palabra de Dios, celebrada en los sacramentos, vivida en a caridad como alma de la existencia moral cristiana (33).

4.1.0 Una nueva Evangelización

Ha llegado la hora de emprender una nueva evangelización debido al cambio de tantos países y naciones florecientes antes en vida cristiana y transformados hoy por el continuo difundirse del indiferentismo, del secularismo y del ateísmo. En concreto países del llamado Primer Mundo, en los que el bienestar económico y el consumismo inspiran una existencia vivida como si no hubiera Dios. Urge en todas partes rehacer el entremado cristiano de la

sociedad humana. Abrir las puertas a Cristo mediante una nueva evangelización destinada a la formación de comunidades eclesiales maduras principalmente mediante la contribución a una sistemática labor de catequesis (34).

4.1.1 Universalidad del envío

La Iglesia no puede sustraerse a la perenne misión de llevar el Evangelio a cuantos —y son millones y millones de hombres— no conocen todavía a Cristo Redentor. Es importante la formación no sólo de clero local sino de un laicado maduro y responsable (35).

4.2 Vivir el Evangelio sirviendo a la persona y a la sociedad

Al acoger y anunciar el Evangelio, la Iglesia se hace servidora del hombre, revela el hombre al hombre, le hace conocer su verdadero destino y le abre a la entera verdad del sentido de su existencia. En esta contribución a la sociedad humana el laico ocupa un puesto concreto a causa de su "índole secular" que lo compromete con modos propios e insustituibles en la animación cristiana del orden temporal. Es múltiple la ocasión que se le ofrece de ejercitar este deber (36).

4.2.0 Promoción de la dignidad de la persona humana

Este es el bien más precioso que el hombre posee. Esa dignidad se manifiesta en todo su fulgor cuando se consideran su origen y destino en Dios.

La dignidad personal constituye el fundamento de la igualdad de todos los hombres entre sí. De ahí que toda discriminación de cualquier tipo, desde las raciales y económicas a las sociales, culturales, constituye una injusticia completamente intolerable (37).

4.2.1 Defender el inviolable derecho a la vida

La dignidad de la persona exige el respeto, la defensa y la promoción de los derechos de la persona humana, derechos que provienen del mismo Dios. Entre estos derechos, el primero y fontal, condición de todos los derechos de la persona, está el derecho a la vida desde el primer momento de su existencia (38).

4.2.2 Libres para invocar el nombre del Señor

El respeto a la dignidad personal exige el reconocimiento de la dimensión religiosa del hombre, de la libertad de conciencia y de la libertad religiosa. Esta es una exigencia insuprimible y piedra angular de los derechos humanos (39).

4.2.3 La familia, primer campo en el compromiso social

La expresión primera y original de la dimensión social de la persona es el matrimonio y la familia. Este constituye el primer campo para el compromiso social de los fieles laicos. Urge por tanto una labor amplia, profunda y sistemática dirigida a asegurar a la familia su papel primario de

humanización de la persona y de la sociedad. El futuro de la humanidad pasa a través de la familia (40).

4.2.4 *La caridad, alma y apoyo de la solidaridad*

La Iglesia como tal está directamente llamada al servicio de la caridad. Reivindica las obras de caridad como su deber y derecho inalienable. Con la caridad con el prójimo los fieles laicos viven y manifiestan su participación en la realeza de Jesucristo. La caridad, en efecto, es un servicio que anima y sostiene una activa solidaridad atenta a todas las necesidades del ser humano. Servicio caritativo que se ejerce bien por las personas en singular o solidariamente por los grupos y comunidades. El voluntariado es una importante manifestación del apostolado que desempeñan los fieles laicos (41).

4.2.5 *Todos destinatarios y protagonistas de la política*

Para animar cristianamente el orden temporal los fieles laicos de ningún modo pueden abdicar de la participación en la "política", entendida como la multiforme acción económica, social, legislativa, administrativa y cultural destinada a promover orgánica e institucionalmente el bien común. Todos y cada uno tienen el derecho y el deber de participar en la política. El criterio básico que fundamenta la política es la consecución del bien común, como bien de todos los hombres y de todo el hombre.

En el ejercicio de la política así entendida debe buscarse la defensa y

la promoción de la justicia, el espíritu de servicio, ajeno a las múltiples tentaciones que suelen presentarse en la búsqueda equivocada y egoísta de medios ilícitos para conquistar o mantener el poder. Debe respetarse la autonomía de las realidades terrenas rectamente entendidas y buscarse la solidaridad como el estilo y medio para la realización de una recta política. Solidaridad que hoy día debe contemplar un horizonte que supere la nación o el bloque de naciones para configurarse como continental y mundial. El fruto obvio de una acción política así ejercida es la paz. De ahí la actividad de los fieles laicos en desterrar la violencia y la guerra, la tortura, el terrorismo, la militarización de la política, los campos de concentración, la carrera de armamentos. Para todo lo cual es menester promover una labor educativa capilar destinada a derrocar la imperante cultura del egoísmo, del odio, de la venganza y de la enemistad y desarrollar a todos los niveles la cultura de la solidaridad (42).

4.2.6 *Situar al hombre en el centro de la vida económico-social*

El servicio a la sociedad por parte de los laicos encuentra su momento esencial en la cuestión económico-social que tiene por clave la organización del trabajo.

Entre los baluartes de la doctrina social de la Iglesia está el principio de la destinación universal de los bienes. Y al servicio de esta destinación se encuentra la propiedad privada, que

—precisamente por esto— posee una intrínseca función social. Así mismo el trabajo, que representa el instrumento más común e inmediato para el desarrollo de la vida económica, instrumento, que al mismo tiempo constituye un derecho y un deber de cada hombre.

Amplio campo se ofrece a la actividad de los fieles laicos en este aspecto: comprometerse en la resolución de los gravísimos problemas de la creciente desocupación; pelear por la tempestiva superación de las numerosas injusticias provenientes de deformadas organizaciones del trabajo; desarrollar nuevas formas de solidaridad, de iniciativa empresarial; revisar los sistemas de comercio, de financiación y de intercambios tecnológicos. Y sobre todo, con el cumplimiento en su trabajo con competencia profesional, honestidad humana y espíritu cristiano (43).

4.2.7 *Evangelizar la cultura y las culturas del hombre*

El servicio a la persona y a la sociedad humana se manifiesta y se actúa a través de la creación y transmisión de la cultura. Con el Concilio Vaticano II, se entiende por cultura “los medios con los que el hombre afina y desarrolla sus innumerables cualidades espirituales y corporales” (G.S., 53).

La Iglesia es plenamente consciente de la urgencia de reservar a la cultura una especialísima atención. Por eso pide que los fieles laicos estén presentes en los puestos privilegia-

dos de la cultura, como son el mundo de la escuela y de la Universidad, los ambientes de la investigación científica y técnica y los lugares de la creación artística y de la reflexión humanística. De modo muy especial en los lugares que actualmente constituyen el camino privilegiado para la creación y la comunicación de la cultura como son los instrumentos de comunicación social: la prensa, el cine, la radio, la televisión y el teatro donde debe ser anunciado el Evangelio que salva (44).

5. LOS OBREROS DE LA VIÑA DEL SEÑOR. BUENOS ADMINISTRADORES DE LA MULTIFORME GRACIA DE DIOS (45-56)

5.0 *La variedad de vocaciones*

La variedad de vocaciones, situaciones, carismas y funciones está ligada en la Viña del Señor no sólo a la edad, sino también a las diferencias de sexo y a la diversidad de dotes, a las vocaciones y condiciones de vida (45).

5.1 *Jóvenes, niños y adultos*

5.1.0 *Los jóvenes, esperanza de la Iglesia*

Los jóvenes no deben considerarse simplemente como objeto de la solicitud pastoral de la Iglesia; son de hecho —y deben ser incitados a serlo— sujetos activos, protagonistas de la evangelización y artífices de la renovación social (46).

5.1.1 *Los niños y el Reino de los cielos*

Ellos son el término del amor delicado y generoso de Nuestro Señor. Su inocencia, como también los sufri-

mientos que injustamente les son infligidos, obtiene en virtud de la cruz de Cristo, un enriquecimiento espiritual para ellos y para toda la Iglesia. En la niñez se abren valiosas posibilidades de acción tanto para la edificación de la Iglesia como para la humanización de la sociedad (47).

5.1.2 Los ancianos y el don de la sabiduría

La Iglesia pide y espera que esas personas ancianas sepan continuar la misión apostólica y misionera, que no sólo es posible y obligada también a esa edad, sino que precisamente esa misma edad la convierte, en cierto modo, en específica y original. No deben sentirse al margen de la vida de la Iglesia ni elementos pasivos de un mundo en excesivo movimiento, sino sujetos activos de un período humano y espiritualmente fecundo de la existencia humana (48).

5.2 Mujeres y hombres

5.2.0 El papel de la mujer en la sociedad y en la Iglesia

Los padres sinodales dedicaron una atención particular a la condición y papel de la mujer para reconocer la indispensable contribución de ella a la edificación de la Iglesia y al desarrollo de la sociedad y además, analizar más particularmente la participación de la mujer en la misión de la Iglesia para la que tiene una específica vocación (49).

5.2.1 Fundamentos antropológicos y teológicos

La meditación de estos fundamentos antropológicos y teológicos de la mujer, debe iluminar y guiar la respuesta cristiana a la pregunta acerca del espacio que la mujer puede y debe ocupar en la Iglesia y en la sociedad. La lectura de la reciente carta "Mulieris dignitatem" podrá estimular el estudio crítico de estos fundamentos (50).

5.2.2 Misión en la Iglesia y en el mundo

La mujer como el varón en virtud de su Bautismo y Confirmación es hecha partícipe del triple oficio de Jesucristo Sacerdote, Profeta, Rey y por tanto está debilitada y comprometida en el apostolado fundamental de la Iglesia: la Evangelización.

En la participación de la misión de la Iglesia la mujer no puede recibir el sacramento del orden ni por tanto puede realizar las funciones propias del ministerio sacerdotal.

El Código de Derecho Canónico contiene múltiples disposiciones acerca de la participación de la mujer en la vida y misión de la Iglesia: participación en los Consejos pastorales, en las consultas, en las decisiones, en la preparación de documentos.

Pero existen dos tareas específicas fundamentales confiadas a la mujer: la responsabilidad de dar plena dig-

nidad a la vida matrimonial y a la maternidad y la tarea de asegurar la dimensión moral de la cultura, esto es de una cultura digna del hombre, de su vida personal y social (51).

5.2.3 Copresencia y colaboración de los hombres y las mujeres

En el aula sinodal se ha escuchado la voz que expresa un temor de que la insistencia excesiva centrada en el papel de la mujer pudiera desembocar en un inaceptable olvido: el referente a los hombres. En realidad diversas situaciones eclesiales tienen que lamentar la ausencia o escasísima presencia de los hombres, de los que una parte abdica de las propias responsabilidades, dejando que sean asumidas sólo por mujeres.

Debe urgirse pastoralmente la presencia coordinada de los hombres y las mujeres no sólo por la significatividad y eficacia ni por el simple dato sociológico, sino obedeciendo al designio originario del Creador que desde un "principio" ha querido al ser humano como "unidad de los dos". El modo más común y fundamental de asegurar esa presencia coordinada se tiene en el ejercicio de los deberes y responsabilidades del matrimonio y de la familia cristiana: la forma conyugal, paterna y materna, filial y fraterna (52).

5.3 Los enfermos y los que sufren

El hombre es llamado a la alegría, pero experimenta diariamente tantísimas formas de sufrimiento y de dolor. El Sínodo se dirige con solici-

tud pastoral a los hombres y mujeres afectados con las diversas formas de sufrimiento: "abandonados y marginados por nuestra sociedad consumista, enfermos, minusválidos, pobres, hambrientos, emigrantes, desocupados, ancianos, niños abandonados, personas solas; víctimas de la guerra y de toda violencia".

La enfermedad, en sus diversas formas, es la expresión más frecuente y más común del sufrir humano. También los enfermos son enviados como obreros a su viña; Dios los llama a vivir su vocación humana y cristiana y a participar en el crecimiento del Reino con nuevas modalidades, incluso más valiosas (53).

5.3.0 Acción pastoral renovada

Es necesario un decidido relanzamiento de la acción pastoral para y con los enfermos y los que sufren, que se traduzca en atención, cercanía, presencia, escucha, diálogo, participación y ayuda concreta para con el hombre en momentos en los que la enfermedad y el sufrimiento ponen a dura prueba no sólo su confianza en la vida, sino su fe en Dios y en su amor de Padre.

Considerar al enfermo y al que sufre no sólo como término del amor y servicio de la Iglesia, sino más bien como sujeto activo y responsable de la obra de evangelización y de salvación (54).

5.4 Estado de vida y vocaciones

Obreros de la Viña de Señor son todos los miembros del Pueblo de Dios:

sacerdotes, religiosos y religiosas, los fieles laicos; todos son a la vez objeto y sujeto de la comunión de la Iglesia y de la participación en su misión de salvación.

En el plano del "ser", antes todavía que en el del "obrar", los cristianos son sarmientos de la única vid fecunda que es Cristo. En el plano del ser no sólo significa la vida de gracia y de santidad, sino además el estado de vida que caracteriza a los sacerdotes y diáconos, a los religiosos y religiosas, a los miembros de Institutos seculares y a los laicos.

Son estados de vida o modalidades, según cada cual vive la igual dignidad cristiana y la universal vocación a la santidad en la perfección del amor.

Esas modalidades son diversas y complementarias.

Así el estado de vida laical tiene su especificidad en la índole secular y realiza un servicio eclesial, testimoniando el significado que tienen las realidades terrenas y temporales en el designio salvífico. El sacerdocio ministerial representa la garantía permanente de la presencia sacramental de Cristo Redentor, en los diversos tiempos y lugares. El estado religioso testimonia la índole escatológica de la Iglesia, su tensión hacia el Reino de Dios, de algún modo anticipado y pregonado por los votos.

Todos los estados de vida se relacionan entre sí y están al servicio del crecimiento de la Iglesia (55).

5.4.0 Diversas vocaciones laicales

A su vez, dentro del estado de vida laical se dan diversas vocaciones o caminos espirituales y apostólicos. Han ido floreciendo últimamente en la Iglesia diversas formas de institutos seculares (56).

6. LA FORMACION DE LOS FIELES LAICOS: "PARA QUE DEIS MAS FRUTO..." (57-63)

6.0 Madurar continuamente

La imagen evangélica de la vid y los sarmientos nos revela otro aspecto fundamental de la vida y misión de los laicos: la llamada a crecer, a madurar continuamente, a dar siempre más fruto.

Para esto se necesita procurar una formación integral y permanente de los fieles laicos. Se la debe colocar entre las prioridades de la diócesis (57).

6.1 Descubrir la propia vocación y misión

La formación de los fieles laicos tiene como objetivo fundamental el descubrimiento cada vez más claro de la propia vocación y la disponibilidad siempre mayor para vivirla en el cumplimiento de la propia misión.

Para descubrir esa voluntad concreta del Señor sobre nuestra vida, son indispensables la escucha pronta y dócil de la palabra de Dios y de la Iglesia, la oración filial y constante, una sabia y amorosa dirección espiritual, percepción en la fe de los dones recibidos y de las situaciones sociales

e históricas en las que está inmerso. Hay que ser capaz de hacerse cada vez más capaz. Son momento especialmente significativos la adolescencia y la juventud (58).

6.2 Formación integral para vivir en la unidad

Formación integral: como corresponde a miembros de la Iglesia y ciudadanos de la sociedad humana. En su existencia no puede haber dos vidas paralelas: por una parte la denominada vida "espiritual" con sus valores y exigencias; y por otra la denominada vida "secular" es decir, la vida de familia, del trabajo, de las relaciones sociales, del compromiso político y de la cultura.

La separación entre la fe y la vida diaria de muchos debe ser considerada como uno de los más graves errores de nuestra época (59).

6.2.0 Aspectos de la formación

En esta formación integral, la formación espiritual ha de ocupar sin duda un puesto privilegiado.

Se revela además hoy cada vez más urgente la formación doctrinal de los fieles laicos para dar razón de su fe: es necesaria una sistemática acción de catequesis. Indispensable también un conocimiento más exacto de la doctrina social de la Iglesia, sobre todo para los fieles laicos comprometidos de diversos modos en el campo social y político. Y es finalmente importante el crecimiento personal en los valores humanos:

competencia profesional, sentido cívico y las virtudes relativas a las relaciones sociales (60).

6.3 Colaboradores de Dios Educador

Las personas, las comunidades y los lugares y medios de la formación cristiana de los fieles laicos son ante todo Dios, el primer y gran educador de su Pueblo, cuya obra educadora se revela y cumple en Jesús, el Maestro que toca desde dentro el corazón de cada hombre, gracias a la presencia del Espíritu. Educadora es, sobre todo, la Iglesia universal, en la que el Papa desempeña un papel de primer formador de los fieles laicos. Y en las iglesias particulares, los Obispos tienen esa responsabilidad personal respecto a la formación de los laicos. Finalmente la Iglesia particular actúa a través de la parroquia, con la ayuda de sacerdotes y religiosos y en algunas de esas parroquias sobre todo si son extensas y dispersas, las pequeñas comunidades eclesiales pueden ser una ayuda notable para la formación (61).

6.3.0 Otros ambientes educativos

La familia cristiana, en cuanto "iglesia doméstica", constituye la escuela primigenia y fundamental para la formación de la fe.

La misma vida cotidiana de una familia auténticamente cristiana constituye la primera experiencia de Iglesia.

Son además lugares importantes de formación las escuelas y universi-

dades católicas y los centros de renovación espiritual. Hay que preparar fieles laicos que se dediquen a la acción educativa como una verdadera y propia misión eclesial y que sean en las escuelas, católicas o no, verdaderos testigos del Evangelio, mediante el ejemplo de vida, la competencia y rectitud profesional y la inspiración cristiana de la enseñanza, salvando siempre la autonomía de las ciencias y disciplinas.

Por último, los grupos, las asociaciones y movimientos tienen su lugar en la formación de los fieles laicos (62).

6.4 La formación recibida y dada recíprocamente por todos

La formación no es el privilegio de algunos, sino un derecho y un deber de todos.

Para que se dé una pastoral verdaderamente incisiva y eficaz hay que desarrollar la formación de los formadores, poniendo en funcionamiento cursos oportunos o escuelas para tal fin.

En la labor formativa, antes que nada hay que tener la convicción de que no se da formación verdadera y eficaz, si cada uno no asume y desarrolla por sí mismo la responsabilidad de la formación. Cada uno es el término y el principio a la vez de la formación (63).

7. LLAMAMIENTO Y ORACION

Pastores y fieles debemos arraigar cada vez más —en la mente, en el corazón y en la vida— la conciencia eclesial; es decir, la conciencia de ser miembros de la Iglesia de Jesucristo, partícipes de su misterio de comunión y de su energía apostólica y misionera.

Una grande, comprometedora y magnífica empresa ha sido confiada a la Iglesia: la de una nueva Evangelización, de la que el mundo actual tiene una gran necesidad.

Termina la Exhortación apostólica con una plegaria a la Virgen María a cuya intercesión confía la fecundidad espiritual de los frutos de Sí-nodo (64).